

María Luisa Lázzaro

Entre la ciencia y la fantasía

Entre sus obras:

Mamá cuéntame un cuento que no tenga lobo (1984); *El niño, el pichón y el ciruelo* (1990); *Habitantes de tiempo subterráneo* (1990); *Tantos Juanes o la venganza de la Sota* (1993); *Para qué sirven los versos* (1995); *La almohada muñeca* (1996); *Epaminonda, entre recuerdos y olvidos* (por editarse); *Talito Cuni ¡levántate y anda!* (inédito).



Poética de su escritura

Desde pequeña, María Luisa Lázzaro sentía lo que llama “un borbotón de palabras incoherentes”, y la necesidad de expresarlas. Aun siendo la menor, contaba cuentos a sus hermanos y empezó a desarrollar su imaginación... “a buscar esas cosas insólitas de la vida, de las que la literatura debería estar llena”.

Durante la adolescencia llegó a convivir de tal manera con personajes que brotaban de su imaginación, que se asustó. Acudió a un neurólogo, en la Facultad de Medicina, donde trabajaba, y fue él quien le ayudó a entender que estaba viviendo un proceso de escritura: “Escribe —me dijo— eso es lo que tú debes hacer con todo lo que imaginas”.

Estudió bioanálisis. Su mundo de células, tejidos, biología molecular, y su laboratorio con ratones, empezó a alternarse con la literatura. Descubrió la escuela de letras. Entendió que había elementos de fantasía en ella, que no sabía cómo expresar, porque desconocía la estética del lenguaje literario.

Reconoce en sus obras tres registros claros: la ciencia, el esoterismo, y la fantasía literaria. Cuando repasa sus narraciones, siempre se encuentra de alguna manera, en su propia memoria o en la de sus personajes: en la niña que se escondía debajo de la mesa cuando había guerras familiares, y guardaba con cautela cada consigna materna. En la cien-

tífica que se resiste, pero inevitablemente dialoga con su conciencia. En la mujer que muere tras una vida de amor lejos del sexo.

Su escritura —confiesa— ha partido siempre más de la intuición que de la teoría literaria; pero sus estudios en literatura le han ayudado a encontrar muchos elementos antipoéticos en sus escritos. Aunque en un principio esto le avergonzaba, ha entendido que no podría ser de otra manera: “Los escritores vamos absorbiendo lo que pasa en la historia del ser humano. Yo no podía escribir diferente de lo que estaba viviendo..”

María Luisa Lázzaro ha encontrado una relación entre sus letras y su espíritu: “No sé si es la literatura pretexto de mi desenvolvimiento espiritual, o si mi desenvolvimiento espiritual alimenta lo que escribo. Pero definitivamente hay una búsqueda constante entre el mundo espiritual y la imaginación literaria”.

Influencias

Inquieta y extremadamente sensible, desde niña, María Luisa Lázzaro se encontró en las líneas de Sor Juana Inés de la Cruz, cuando empezaba a escribir: “mis primeros poemas son de ese estilo. Posteriormente descubrí a Alfonsina Storni y di un vuelco tremendo. Igual que cuando descubrí a Neruda, a Huidobro, a Borges, mi literatura cambió muchísimo”.

Particularmente en la narrativa, recuerda haber recibido un importante impacto de Hernando Track, al principio: “Yo empecé a escribir *Habitantes de tiempo subterráneo* a los 17 ó 18 años. La literatura empezó como un psicoanálisis. Yo pasaba entonces momentos dolorosos. Murió mi padre, murió mi madre, murió mi hermana mayor. Yo lloraba mucho y escribía, sin saber exactamente si aquello era poesía o narrativa. Eran simplemente fragmentos. Mi primer libro es unas serie de memorias fragmentadas, exageradas, desde el ser del absurdo, hipersensible, que de alguna manera yo percibí también en Hernando Track, sobre todo en el libro *Mis parientes*”.

También se identificó de alguna manera con Reinaldo Arenas, en *Celestino antes del alba*. Y con *Las hojas más ásperas* de José Napoleón Oropeza. Se encontró en esas obras “con ese ser que necesita reconstruir el hogar, que necesita reconstruir la infancia y que lo hace a través de la escritura. Y la escritura nos ayuda como psicoanálisis a limpiarnos, porque cuando sacamos, borramos”.

Su mayor influencia —reconoce— ha sido la vida. De ella ha aprendido a trabajar el humor, el amor y la risa. Ha entendido que su literatura, como su vida, está llena de desgarramientos, pero la crítica, los lectores y su propia conciencia le han ayudado a canalizarlos a través de la risa, del arte de contar, de compartir.

La narrativa venezolana contemporánea

María Luisa Lázzaro lamenta que la narrativa venezolana tenga poca difusión, y que en ocasiones los mismos escritores no lean el trabajo de sus compañeros: “estamos tan ensimismados cada uno en sus cosas, que no nos leemos. Yo a diferencia de muchos autores que dicen que de la literatura venezolana sólo se salvan unas páginas, sí creo en ella. Es una literatura sólida, novedosa, siempre a la vanguardia, como buscando algo nuevo, no repetirse. A mí me encanta la literatura venezolana, aunque no la leo con la asiduidad que debía hacerlo”.

Le apena que la falta de apoyo entre escritores, mantenga al margen de la crítica algunos buenos trabajos. Como ejemplo, confiesa su admiración por la escritora Ileana Gómez Berbesí: “...para mí es extraordinaria. Trabaja el humor, la voz desde el hombre, desde el ser humano, de una manera impecable y sin embargo casi no es reseñada...”.

Otros problemas que identifica tienen que ver con el costo económico de leer. Los libros son caros, y —opina— faltan bibliotecas.

Narrar en estos tiempos

El paso de un siglo a otro sí ha generado cambios en la escritura de María Luisa Lázzaro, aunque —como su propia manera de escribir— han sido intuitivos y aun no pueda definirlos formalmente.

La literatura —considera— debe adaptarse a sus tiempos. En la actualidad “no puede seguir siendo enredada, complicada, llena de experimentalismos, de puro juego con el lenguaje, sobre todo la narrativa, porque en este momento tenemos demasiada competencia con los medios electrónicos, el Internet, todo eso que nos traga, porque a mí también me traga”.

En su opinión: “el escritor tiene que empezar a revisar que su escritura tenga un hilo narrativo coherente, claro, que atrape al lector. Ya no podemos seguir escribiendo cosas surrealistas, incongruentes... Ya eso de mucha poesía en la narrativa hay que pararlo. Yo soy una de las que abusé en ese primer libro con el lenguaje poético en la narrativa. Pero hay hilo narrativo, hay historia. Eso no quiere decir que uno descuide el lenguaje. El lenguaje siempre tiene que ser poético y de altura, incluso en la narrativa... Cuando digo hilo narrativo es que el lector se sienta atrapado... que ese tema lo haga olvidarse del Internet y de cualquier otra cosa”.

Lo más hermoso en su perspectiva, es que un autor haga que sus libros sean releídos. La buena literatura —dice— es aquella que te deja mudo, hasta que la vuelves a leer “.

Qué hacer por la paz

Aunque el mundo sigue dando evidencias de conflictos irracionales, la visión de María Luisa Lázzaro es optimista en cuanto al papel que pueden jugar los narradores. “Creo que sí podemos hacer algo, en lo individual y conectados por el colectivo. No es ir a pelear por Safiya, la mujer a quien iban a lapidar hace poco en Nigeria, por salir embarazada luego de haberse divorciado. Pero hay otros recursos. Ya hay poemas sobre ella, y eso es una participación en ese problema, de alguna manera la literatura se acerca a esa dificultad... esos poemas van a volar a infinitos lugares y van a crear un estado de conciencia diferente”.

La autora siente que el poeta, el narrador, el escritor, no deben participar directamente en la política... “porque los asuntos del poder matan, contaminan y le quitan toda esa pureza que puede tener un autor. Su labor debe ser a través de la escritura, generar un estado de conciencia... cada texto, aunque aparentemente no logre cambiar a la humanidad, sí va generando un estado de conciencia”.